

Agustín lanzó una maldición. Trató de encender una y otra vez el motor del auto, pero todos sus intentos fueron inútiles. Afuera la lluvia arreciaba. ¿Dónde encontraría un mecánico a esa hora? Era casi la medianoche en su reloj. Las casas de La Realidad estaban todas con las luces apagadas. El alumbrado público apenas iluminaba lo indispensable como para saber que allí se levantaba un pueblo. ¿Quedarse a dormir en el auto? Podría ser, pero si el cielo seguía vaciándose así, pronto habría otro diluvio universal, y precisamente su vehículo no era ni de lejos el arca de Noé. A un par de metros de la carretera pasaba el río arrastrando en su fiero y lodoso caudal piedras, árboles y sabe Dios qué cosas más. En cualquier momento podría desbordarse y allí sí sería la canción. La carretera estaba solitaria, ni un vehículo a la vista, ni siquiera un grifo dónde pedir ayuda. Tal vez habría caído un huayco en las alturas interrumpiendo el paso. Cómo saberlo si hasta la radio no funcionaba. Era mejor buscar un lugar donde pasar la noche antes de que las cosas se pusieran color hormiga. En La Realidad debía de haber aunque sea un rincón donde estar seguro hasta el día siguiente.

Bajó del vehículo, cruzó la carretera a saltos en dirección al pueblo sintiendo que el agua se metía por sus zapatos y le entraba hasta los huesos. Las calles estaban convertidas en un lodazal. Y ni una casa con las luces encendidas. Todos estarían metidos en sus camitas durmiendo calentitos mientras él caminaba bajo la copiosa lluvia. Dobló una calle, y otra. Todo el mundo dormía. Maldijo la hora en que decidió regresar a la capital. Pero quién iba a adivinar que su carro se malograría si estaba funcionando como cañón.

Cruzó la plaza y vio una casa iluminada. Se alegró. Era la única casa con las luces prendidas en esa noche de torrencial lluvia. A ella se dirigió de prisa sintiendo cómo el frío le calaba los huesos, el alma.

Cruzó un jardín lleno de geranios. ¿Beethoven? Alguien tocaba el piano. En medio del golpeteo de la lluvia y el rumor del río reconoció *La patética* de Beethoven. Cuántas veces lo había tocado su madre. Se abrió una puerta en su memoria y vio las manos, blancas, bien cuidadas, de largos y finos dedos, de su madre cayendo como esta lluvia sobre las teclas del viejo piano que ahora estaría apolillándose en algún rincón de la casona familiar.

Los Cedros 139, decía la placa sobre la puerta de madera recién barnizada. En lugar de timbre había un reluciente puño de bronce. Los Cedros 139, repitió mentalmente.

Llamó.

Nadie.

Insistió. ¿Y si alguien se había quedado dormido escuchando un disco de Beethoven? La lluvia se intensificaba. Llamó otra vez. Dejaron de tocar el piano, o apagaron el tocadiscos. Escuchó unos ligeros pasos acercándose a la puerta.

-¿Quién? –preguntó una voz de mujer.

-Mi auto se ha malogrado cerca de aquí. No sé si podría...

La puerta se abrió.

-Buenas noches, señorita, disculpe que la moleste tan tarde, es que mi auto...

-Pase, pase –dijo la joven-. No vaya a pescar una pulmonía.

Lo condujo a una salita. En una chimenea ardían los leños llenando de calor el ambiente. En un rincón estaba un viejo piano. Agustín se acordó de la casona familiar.

-¿Era *La patética* lo que tocaba?

La chica dijo que sí y se puso colorada. Alimentó el fuego con otro leño.

-Para no aburrirme.

Era bonita. El fuego le daba unos matices rojos a su albo rostro. Tenía los ojos grandes y oscuros. Su negra y lacia cabellera estaba atada en una larga cola de caballo.

-Mi mamá también tocaba el piano –dijo Agustín-. Y tocaba *La patética*. Al escucharla me acordé de ella. Se llamaba María Luisa.

-Qué coincidencia, yo también me llamo igual.

Agustín la miró, incrédulo.

-En serio –dijo la chica.

-Es un nombre que me trae muchos recuerdos –dijo Agustín-. Mamá murió hace treinta y cinco años.

-Uff, yo ni había nacido.

María Luisa era joven. Agustín le calculó unos veinte años. ¿Qué habría estado haciendo su mamá a esa edad? El viejo la conoció a los veintiuno. Se casaron, lo tuvieron a él.

-¿Una taza de café?

-Si no es mucha molestia. Gracias.

-Claro que no.

-El clima está bien feo.

-Así es en esta época del año –dijo María Luisa desde la cocina-. ¿Qué hacía a estas horas en la carretera?

-Venía del trabajo.

-¿Tan tarde?

-Sí. Nos demoramos supervisando la instalación de los ductos del gas de Camisea.

-¿Es ingeniero?

-Sí.

-Yo pensé que era pianista como su madre.

-No. Aunque me hubiera gustado.

-¿Y cuándo llegará ese bendito gas por estos lados? Aquí el balón nos cuesta casi cuarenta soles.

-En un par de años. Primero es para el uso industrial y luego para el doméstico.

-Ojalá que llegue pronto.

-Un poco de paciencia nomás.

Alguien empezó a toser en un cuarto cercano.

-Es mi abuelita que está con una fuerte gripe –dijo María Luisa-. Ya vengo. Permiso.

Agustín la vio desaparecer en una puerta al fondo del pasillo. Afuera, la lluvia no tenía cuándo acabar. Las amplias ventanas eran golpeadas por las gruesas gotas de lluvia. El cielo se iluminaba a cada instante. A lo lejos el río seguía bramando como un tren. Pobre auto, seguramente el río ya lo había arrastrado. Menos mal que no se quedó a dormir allí. Qué suerte había tenido al encontrar esa casa. La única casa con las luces prendidas. El resto del pueblo parecía dormir placidamente.

María Luisa cruzó hacia la cocina. Agustín escuchó el ruido de tazas y cubiertos.

-¿Queso o mermelada?

-Lo que sea. Gracias.

-Café natural y el mejor queso de La Realidad –dijo la muchacha, alcanzándole una bandeja donde humeaba una taza de café y había un enorme pan.

-Muchas gracias.

-De nada.

-Está rico –dijo Agustín, probando el café-. Si no encontraba esta casa, ahora ya estaría en el mar flotando en mi auto.

María Luisa sonrió. Tenía una bonita sonrisa. Las llamas se reflejaban en su blanca y pareja dentadura.

-En su casa estarán preocupados.

-Vivo solo. Papá también murió hace años.

-Lo siento.

-Es parte de la vida. ¿Y tú?

-Aquí, cuidando a mi abuelita.

Desde la cercana habitación volvieron a toser y María Luisa fue corriendo. La lluvia seguía cayendo sobre el pueblo. Se asomó a la ventana: las calles parecían ríos. Y las casas continuaban con las luces apagadas. Había tenido suerte al encontrar este refugio, se repitió otra vez. Ni en la sierra, donde había estado un buen tiempo, había visto una lluvia similar como el de esta noche.

María Luisa regresó.

-De repente desea descansar. Tenemos un cuarto de huéspedes.

-Todavía no –dijo Agustín-. Más bien me gustaría escucharla. Claro, si no es mucha molestia.

-Al contrario –María Luisa sonrió, echó otro leño al fuego, y se puso al piano. Sus dedos, largos, delicados, casi transparentes, de uñas recortadas y bien pulidas y sin pintar, empezaron a caer sobre el teclado como la lluvia sobre ese lejano pueblo.

-*¿Die schöne müllerin?*

María Luisa asintió.

-Schubert.

-Mamá solía tocarlo siempre –dijo Agustín. Cerró los ojos para disfrutar mejor de ese instante tan especial. Vio a su madre tocando el piano en la sala de la casona familiar. También tenía las manos bonitas, blancas y delicadas. Casi no recordaba su rostro. Sus manos sí las recordaba con toda claridad como si nunca las hubiera dejado de ver. Y

también recordaba las canciones que tocaba. ¡Mamá! Esa llovizna interminable que caía sobre Vallecito en el invierno había acabado con su existencia. Hace tanto tiempo que no visitaba su tumba. Es que el viejo había decidido enterrarla lejos, en el pueblo donde nació. Se sintió culpable de tenerla olvidada, de no llevarle ni un ramo de flores en tanto tiempo. Ese era *Das wandern*, el lied favorito de su madre, y el suyo también. Cuántas veces lo había tocado mamá. Si no hubiese muerto tan temprano, seguramente él también hubiese sido pianista y hoy estaría dando un recital en algún lugar del mundo y no estaría en ese pueblo donde la lluvia no tenía cuándo acabar. ¿Tanta agua había en los cielos? Pero bien valía un chapuzón el estar aquí escuchando a María Luisa cuyas bonitas y blancas manos seguían danzando sobre el teclado. Se miró las manos. No, esas no podían ser las manos de un pianista. Las tenía regordetas. Y sus dedos eran gruesos, torpes. Sintió vergüenza de sus manos. Ahora la chica tocaba *Nouvelles pièces fruides*. Satie. Otra vez su madre. Volver a la infancia, estar junto a mamá, escucharla tocar todas las tardes. Tocaba divino. Y pensar que al viejo no le gustaba la música, que a cada rato amenazaba con vender el piano. Por eso él no había estudiado música. Era un músico frustrado. *Claro de Luna*. Vuelta Beethoven. Ese era el primer movimiento. Otra vez su madre. Afuera el cielo seguía derramando sus lágrimas sobre La Realidad. Los rugidos de ese animal furioso que era el río cada vez se hacían más fuertes. Qué sería de su pobre auto.

Volvieron a toser.

-¡Dioses, ya es tarde! –exclamó la chica como si recién se diese cuenta de la hora que era-. Debes estar muriéndote de sueño.

Agustín asintió aunque no tenía ganas de irse a dormir.

María Luisa fue donde su abuela y regresó al minuto y lo condujo al cuarto de huéspedes.

Mientras el sueño lo vencía, Agustín volvió a escuchar *Die schöne müllerin*. Schubert. Su madre. Sus manos bonitas y bien cuidadas de largos y frágiles dedos que caían como la lluvia sobre el teclado. Una chica así era lo que siempre había estado buscando.

Un rato después, cuando su mente ya estaba cubierta por el manto del sueño, sintió un cuerpo deslizarse al lado suyo. Era un cuerpo helado, pobre muchacha, pensó, mientras correspondía a las caricias y sentía que el hielo se iba derritiendo dando paso a un volcán. Se amaron mientras afuera el cielo seguía vaciándose.

Una semana después, esta vez de día, un día hermoso y sin lluvia, Agustín estaba de vuelta en La Realidad. Buscó los Cedros 139. Se sorprendió al encontrar una casa antigua en cuya sucia ventana de lunas rotas un cartel deslucido por las inclemencias del tiempo decía SE VENDE. No recordaba haber visto ese aviso. Los geranios a duras penas sobrevivían en ese jardín devorado por la mala hierba. ¿Esa era la casa donde había sido acogido en esa noche de infernal llovizna? Quizá se había equivocado de dirección, pero allí decía, sobre la vetusta puerta de madera, los Cedros 139. Hizo sonar el herrumbroso puño de bronce.

Llamó.

Nadie.

Insistió.

-Nadie vive en esa casa hace años –le dijo una señora sacando la cabeza desde la casa vecina.

-¿Nadie dice?

-Así es. Hace años vivía una viejita, viuda ella, que tocaba el piano. Pero se murió y desde entonces nadie vive allí. Decía que tenía un hijo, pero parece que el hijo se murió antes que ella porque nunca vino a visitarla.

